

The Economist América Latina

28901

(7/8)

282

H

Opinión

Hacia la Iglesia del futuro

La Iglesia iberoamericana está dando finalmente señales de *aggiornamento*. Cuando se tiene tanta influencia como ella esto adquiere caracteres especialmente importantes



El notable cambio de actitudes y perspectivas que desde hace unos años se advierte en la Iglesia Católica Romana quizá no haya adquirido las proporciones y velocidad que muchos de sus fieles desearan, pero es indudable que está ocurriendo, por lo menos en la magnitud y al ritmo que según sus doctores y príncipes le indica su sabiduría.

Las causas de este cambio son tantas que sería presuntuoso intentar un catálogo exhaustivo de las mismas, además de que en nuestro caso resultaría un ejercicio superfluo. Igual cosa podría decirse de cualquier pretensión a hacer su historia. ¿Dónde, en efecto, podría trazarse la línea divisoria entre la Iglesia vieja y la Iglesia nueva?

Es innegable que el gran salto adelante lo dió Juan XXIII, el Papa humilde que devolvió a los palacetes vaticanos el aura de la Iglesia prístina, apostólica y pobre, de los primeros discípulos de Cristo. Pero esa alineación con los desposeídos desafortunadamente olvidada durante largos siglos de burocratización y bizantinismo, resucitada de vez en cuando por un San Celestino, había vuelto a ser, al menos en teoría, la norma oficial desde León XIII y el Código Social de Malinas.

Pero como la Iglesia es, según los exégetas de su doctrina, una institución al mismo tiempo divina y humana, no pudo nunca escapar a las consecuencias de ser esto último. A los efectos de ser un organismo compuesto por individuos de la especie humana, con todas las debilidades y proclividades que ello implica. Y con las diferencias de talante que las distintas variedades sociales y culturales de sus miembros necesariamente aportan. Para cualquiera que haya tenido contacto con ellos es evidente la diferencia entre un cura español y uno norteamericano.

Lo cierto es que mientras el sacerdocio del norte de Europa y de América, como el africano o el asiático —por estar expuestos permanentemente al cruce de influencias de otras confesiones cristianas o de otras religiones, mantenían una posición de avanzada, favorable al cambio

social en general y al cambio de actitudes oficiales de la Iglesia en relación con muchísimas cuestiones que afectan al individuo, a la familia y a la sociedad, en particular— no podía decirse lo mismo de los ministros del culto y demás jerarquía de la Iglesia iberoamericana.

Esta ha sido, con notables excepciones históricas, conservadora y reaccionaria. Desde los tiempos de la formación de la nación española, debido a la interminable lucha contra el moro y a las nociones entonces en boga sobre los judíos, pasando por la época de los Austrias en la que simultáneamente se atendió a la conquista de América y a la contrarreforma en Europa, el espíritu de la inquisición y la tendencia a ser más papistas que el Papa presidió siempre las actuaciones clericales. Bartolomé de las Casas o Pedro Claver podrían citarse como excepciones y seguramente como ellos hubo y hay muchos, pero la regla general fue siempre la del autoritarismo, la inflexibilidad y el

apego a un orden establecido cuya eventual injusticia no preocupaba demasiado.

Por eso tenía que llegarle tarde y debilitado el viento renovador de la nueva teología y del Segundo Concilio Vaticano a esa clerecia fosilizada y rutinaria que hasta hace poco presumía de atender las necesidades espirituales de 300 millones de seres. No era meramente cuestión de geografía. Las distancias no cuentan en la era del jet y del satélite. Era sobre todo un problema de adaptación, de resistencia al cambio, derivado de una vocación centenaria.

Afortunadamente de los grandes males salen los grandes remedios y la misma ordenación jerarquizada que había hecho de la Iglesia ese enorme y pesado Levitán, ha servido para que el mensaje de los dos últimos pontífices, especialmente contenido en las encíclicas *Mater et Magistra*, *Pacem in Terris* y *Populorum Progressio*, se haya transmitido con todo el peso de esa misma autoridad por la red nerviosa del otrora durmiente organismo. Sólo hacía falta esa señal para que cientos de obispos y millares de sacerdotes se pusieran resultantemente en marcha hacia la nueva cristiandad.

Una nueva cristiandad que lo sería solamente en cuanto a los elementos exigidos por las circunstancias del hombre contemporáneo y de la sociedad futura, que ya es bien amplio, puro y enfático el evangelio del Crucificado para necesitar ahora adaptaciones acomodaticias. Lo que su Iglesia, su cuerpo místico al decir de sus intérpretes, demanda, es precisamente lo contrario: que deje de acomodarse al uso y al abuso de los poderosos y vuelva a ser lo que su autor quiso que fuera, el aliento de la verdad que hiciera libres a los hombres, los hermanara en un destino común, pacificara sus corazones en la certeza de la asistencia providencial y levantara de su prostración al humillado y ofendido.

Es bueno, entonces, o para decirlo con las palabras del ordinario litúrgico, equitativo y saludable, que al continente de la libertad, como lo llamaran sus próceres, —de la libertad formal que le dejaron sus notarios, — esté llegando por fin la brisa renovadora del Segundo Concilio Vati-

Cambio de fecha de publicación

Desde hace un año *The Economist para América Latina* ha sido impreso en Panamá por Editora Intercontinental, S.A.

Tras la decisión de suspender la publicación de *Life en Español* y de transferir la impresión de la edición latinoamericana de *Time* a Miami, Editora Intercontinental va a cerrarse el 31 de diciembre de 1969. En consecuencia, *The Economist para América Latina* ha tenido que encontrar, con muy poco preaviso, otra imprenta en América Latina.

Los arreglos pertinentes acaban de formalizarse y la impresión de nuestra revista se efectuará en los talleres de Impresora y Editora Mexicana, S.A. de C.V., San Mateo de Tecolopan, Estado de México, México.

La consecuencia práctica de ese cambio es que el número de *The Economist para América Latina* que debía publicarse el 7 de enero saldrá ahora el 14 de enero. A partir de esa fecha la revista aparecerá cada dos semanas como hasta ahora.

cano y se estén empezando a sentir allí las consecuencias de la conferencia de Medellín. La Iglesia está demostrando, en unas partes más y en otras menos, pero con cierta consistencia, que en América Latina se ha puesto finalmente del lado de los oprimidos y que ni los halagos del poder constituido, vaya éste de paísano o de uniforme, ni los resabios retardatarios de una fracción caduca de su propia jerarquía, prevalecerán contra ella.

Y que ha entendido su nueva misión. En aquellos países donde la democracia representativa no ha respondido adecua-

damente a las expectativas populares, la Iglesia parece haber favorecido o estar favoreciendo la toma del poder por estamentos más eficaces. En aquellos donde sí parece estarlo haciendo, defiende el orden constitucional sin dejar de exigirle que funcione. Y en aquellos donde hasta el trasiego de poder resulta engañoso no vacila en apoyar la rebelión y la línea dura. Por eso conviene que en esta Navidad se recuerde el texto completo del profeta cuyo nacimiento se conmemora: paz en la tierra, sí, pero para los hombres de buena voluntad.

ALALC: integración postergada

La conferencia de Caracas subrayó las diferencias más bien que las avenencias, pero éstas existen



Si en Caracas se ha sacado un balance de lo logrado por la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), en relación al programa original redactado en Montevideo, el resultado parece poco alentador; las dificultades que se oponen a la integración son tan numerosas y profundas que se ha tenido que abandonar la meta de lograr una zona de intercambio totalmente libre para 1973, y postergarla a 1980. Más aún, la integración en mercado común que se previó en la reunión de cancilleres en Asunción en 1967 queda descartada por un periodo indefinido.

Es evidente sin embargo que como el Tratado de Montevideo fue redactado sin conocimiento previo de las posibilidades reales de la integración efectiva, no se pudo saber en 1961 cómo progresarían las economías individuales ni tampoco cuáles serían las opiniones políticas al terminar la década. El tener que reconocer ahora, 1969, la necesidad de modificar el Tratado de Montevideo para alargar los periodos fijados para la realización de las etapas no representa ningún revés muy grave. Es más bien un reconocimiento de los hechos, y especialmente de la imposibilidad de completar a tiempo la lista común de los productos a desgravarse.

Esta lista ha sido siempre el escollo principal, pues los productos incluidos en ella tienen que ser desgravados progresivamente por todos los países signatarios, es decir, por unanimidad, y además la inclusión de un producto es irrevocable. Para cumplir el horario fijado para la progresiva formulación de la lista común, había sido necesario incluir el petróleo y el trigo—dos productos de mucha sensibilidad política de los que hay entre los miembros de la ALALC un productor importantísimo de cada uno y muchos consumidores que quisieran lograr el autoabastecimiento.

Es inevitable que los acuerdos al parecer puramente comerciales necesiten decisiones políticas y la ALALC no es la primera de las asociaciones económicas en notar que los economistas, los planificadores, los hombres de negocios y cuantos tengan

ingerencia en la producción y el comercio son en general más osados que los políticos. Si la integración dependiera sólo del sector privado, se lograría con mayor rapidez que cuando las consideraciones políticas introducen toda clase de reparos.

Conviene recordar que la ALALC ha contribuido de manera muy significativa al crecimiento del comercio intrazonal (Vol 3 No 23) que casi se ha triplicado en los años 1961-68, y la proporción del comercio intrazonal dentro del total del comercio exterior de los signatarios casi se ha duplicado. Existen acuerdos de complementación industrial ya firmemente establecidos; la complementación, sea dicho, es un invento desarrollado bajo el régimen de la ALALC que constituye una valiosa experiencia deparada por los esfuerzos integracionistas.

Se han expresado muchos juicios acerca de la ALALC, se ha hablado de sus éxitos y más recientemente de su fracaso. Compararla con la Comunidad Económica Europea es subrayar que por un lado una asociación de libre intercambio dista mucho de ser un mercado común, y más aún de ser una comunidad, y por el otro que si un grupo de seis países europeos con 25 años de experiencia—calculando que la formación de la CEE fue precedida por la Unión de Pagos Europea—afrenta graves dificultades políticas en la persecución de sus metas, no debe ser motivo de sorpresa el que la ALALC tropiece con obstáculos de la misma índole.

Los problemas fundamentales que deben resolverse en la CEE pueden otorgarle a la ALALC una lección útil, de la que quizás se deduzca la conclusión *festina lente*. Los seis gobiernos europeos coinciden en que la futura integración económica—que aún dista mucho de ser perfecta—depende de la aceptación del sistema de votación por mayoría en el consejo de ministros, para reemplazar la actual votación por unanimidad que confiere a todo país el derecho de veto. El concepto de que un gobierno soberano acepte una decisión impuesta por otros poderes es aún muy novedosa en Europa; también lo es su derivación lógica, la delegación de poderes ejecutivos a un cuerpo internacional, o sea la suprana-

cionalidad.

Crear que conceptos de esta índole sean de fácil aceptación en América Latina sería desconocer la realidad del sentimiento nacionalista, el que suele sentirse ultrajado hasta por las sugerencias sobre política económica y monetaria que a veces hace el FMI a países miembros cuando giran sobre un crédito de contingencia.

Y es precisamente en la cuestión monetaria donde se asoma otro problema fundamental de la CEE. Se reconoce que la integración económica depende también de una política monetaria común, cuando no de una moneda común; la política monetaria está estrechamente vinculada con el programa social, los salarios y todo un complejo de factores político-sociales que de modo alguno se someterían a los dictados de un poder supranacional.

En esta esfera las diferencias de estructura y de actitud de los gobiernos europeos bastan para hacer muy difícil, si no imposible, la adopción de una política monetaria común; cuánto más remota parece la posibilidad de coordinar o armonizar las muy diversas situaciones monetarias latinoamericanas. La experiencia europea sugiere, sin embargo, que mientras persisten diferencias de filosofía política y social, la integración no va más allá de lo superficial y lo provisorio.

Si le corresponde a la ALALC sacar alguna conclusión de la experiencia europea, para intentar lo ocurrido en Caracas, sería quizás la importancia de no desalentarse porque no se haya cumplido tal o cual etapa en un periodo determinado de antemano sin conocimiento del porvenir. La CEE ha sufrido reveses, pero ellos no significan que vaya a deshacerse; del mismo modo, los tropiezos de la ALALC no denotan necesariamente su desintegración. Es posible que con cada dificultad superada mayor sea la experiencia lograda y más sólidos los cimientos del futuro edificio.



El Director y la Redacción desean a sus lectores una muy feliz Navidad y próspero Año Nuevo.